

carlos germán belli / poemas

NO ME LA DESPOJEN

No, santos cielos, no me la despojen,
que en uno y otro punto cardinal
la busqué día a día fijamente
para que fuera eterna dueña mía
desde el mundo mortal al más allá;
y con obstinación
igual imploro ahora
que no me aparten, no, de ella ni un rato,
pues bajo su gobierno como un dios
hállome desde el día en que la hallé.

No es éste un ruego vago como tantos
que se los lleva el viento rápidamente,
mas sí grande y esperanzada súplica
brotada desde el fondo como el monte
que se alza hasta las máximas alturas,
para que de mí sea
más que señora humana,
absoluta presencia dentro y fuera,
onda clara en los mares y los ríos,
sol y luna brillando frente al orbe.

Y qué injusto destino irremediable,
haberla descubierto en lontananza

tras buscarla a porfía dondequiera,
no sólo para discurrir acá,
sino en el Edén paso a paso juntos;
y de súbito hoy
no mirar más su cara,
que la mitad del alma se me iría,
olvidado entre el suelo sin corteza
y el firmamento sin celeste bóveda.

No me la arranquen de mi lado nunca,
que si así fuera es como despojar
el agua, fuego y aire por entero,
o sumir sin remedio en hambre y sed
hasta el día postrero sobre el suelo,
y el tormento siguiendo
aun en la propia muerte,
que estaría a perpetuidad burlado,
al hallarla y perderla, ¡ay santos cielos!,
como en un abrir y cerrar los ojos.

Este despojo vil tan de repente,
sin duda arrancaríame de cuajo
la carne y alma ahora enriquecidas
al entretecer como gran guirnalda
entrañas con entrañas de mí y de ella;
que ni un rato siquiera
de su lado me aparten,
y si tal cosa fuera finalmente,
la eternidad por siempre perdería,
al convertirme en polvo, soplo y nada.

15 de febrero de 1982

TODOS LOS OJOS VERDES ...

Todos los ojos verdes de la historia
en los tuyos renacen,
en un par de pupilas como el mar,
por donde sale a relucir tu alma
en la exacta señal de su grandeza,
nimbo resplandeciente de tu rostro
brillando de aquí al cielo.

Y a partir de tus ojos de repente
empiezo yo a vivir
en uno y otro punto cardinal,
a escalar la montaña inaccesible
para así tocar la celeste bóveda,
y luego arañar la corteza dura
aun en lo más recóndito.

El resplandor de tu mirada única
a raudales ahora
más que el primer lucero iluminando
no sólo el alba como ocurre siempre,
sino también la noche sin estrellas,
y sigo tu luz desde fuera allá
o dentro de mí acá.

Allá voy, y en seguirte no vacilo
al tener el amparo
de tus sabias pupilas plenamente,
que ya ni un rato cesan de alumbrar
los dos extremos de la gran escala
por donde subo al firmamento afuera,
o bajo al mundo adentro.

No es menester meterse entre las nubes,
sino sólo ascender
por la carne y el alma de tu cara,
clara senda a la máxima morada,
y gracias a tu diáfano mirar
desde entonces la eternidad conozco
allí en tu humano halo.

Ni tampoco bajar a las honduras,
que basta tu mirada
tan suave como el aire y dirigida
hacia el terrenal suelo impenetrable,
y al misterioso fondo de los mares,
pues la luz de tus ojos abre el paso,
y a las entrañas voy.

Ir arriba o abajo finalmente
por igual lleva fijo
al invisible punto donde se unen
muestras dos almas ávidas de amor,
entrelazadas por primera vez
como nunca lo hicieron en el orbe,
juntando cielo y suelo.

Y todo empieza sin ninguna duda
a partir de tus ojos,
cuando se dirigieron hacia mí,
encendiéndome el fuego de la vida,
y dejando ver cómo es el Edén
reflejado en la pura superficie
de tus verdes pupilas.

Que tu suerte, Canción, no es ser escrita
sino leída hoy
tan sólo por los ojos de tu dueña,
que son los del ayer y del mañana.

¿CUANDO, SEÑORA MÍA...?

¿Cuándo, señora mía, dormiremos
por primera vez entre cielo y suelo,
como dos aves en el seno de su nido,
dos peces juntos en el vasto mar,
olmo y liana en el bosque pegadísimos
hasta coronar una sola planta?

Y los ojos al fin
cerrarlos juntamente,
y así tú y yo mirar
de uno y otro en el insondable fondo,
más allá de los sueños de la noche,
los recónditos reinos invisibles;
y nuestros cuerpos y almas
no dos seres, mas uno exacto sí.

¿No hay por ventura una celeste cama
que día a día sin cesar se extienda
a lo largo del horizonte todo
y a la vez en los puntos cardinales,
y tendernos de polo a polo allí
sobre la faz del orbe plenamente?

Que siquiera una noche
la luz de las estrellas
entreteja una cama,
donde juntar por dentro las facciones
y por fuera a la vez las entretelas,
desde el ocaso al alba entre delicias;
y el sol del mediodía
(no tal sol, mas de medianoche sí).

Que los cauces profundos de los ríos
se unan y formen el ansiado lecho,
en cuyo suave cieno echarse a ras,
mudándonos en fiel espejo mutuo,

como dos granos de uva arracimados
bajo el primer rocío del planeta,
o por cierto mejor
como puros gemelos
a la vida ligados
por un solo cordón umbilical,
y tu sien y mi sien entrelazadas
bajo el sumo capullo palpitando;
y ya perennemente
no lecho de agua, mas de fuego sí.

Esta que será cama de los dos,
como estuche de teas crepitantes
en medio del silencio nocturnal,
cuyo colchón es trozo luminoso
de la bóveda ignota desprendido,
y donde yacer ambos codo a codo
hasta transfigurarnos
a la luz de la aurora
en uno eternamente,
como un único ser recién gestado
en el claustro materno incandescente;
y nuestras almas como ovejas blancas
por vez primera pasten
no florecillas, mas tizones sí.

Nada más que la cama de tus padres,
nada más que la cama de mis padres,
una con otra unámoslas por siempre,
leño con leño, holanda con holanda,
que allí tan locamente nos hicieron
de arriba abajo el uno para el otro,
como exactas mitades
de una fruta partida
por el gran hortelano;
y en la cama sin par tú y yo por fin
dejando sobre el lino claras huellas
de dos almas y cuerpos ávidamente
en un compacto todo,

**Canción, porque volando
adondequiera vas,
indaga por un lecho
entre los puntos cardinales,
que desde las terrenas blancas sábanas
alcancen ya la forma primordial
varón y dama acostados
viviendo por los siglos y los siglos.**

2 de junio de 1982